DE LA AUTORA DE *MAGNOLIA PARKS*



# A CUESTIÓN DE VOLUNTAD

Jessa Hastings

CONTRALUZ

Jessa Hastings

# CUESTIÓN DE VOLUNTAD

Traducido del inglés por Martina Garcia Serra

CONTRALUZ

Título original: *The Conditions of Will*

Primera edición: febrero de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

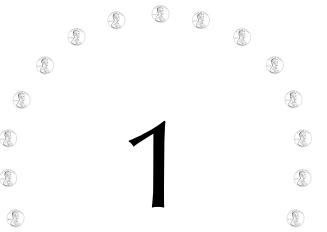



Copyright © 2025 by Jessa Hastings
Diseño de la cubierta y del interior © Sourcebooks
Ilustración y diseño de la cubierta © Emily Lawless
Imagen interna © KavalenkavaVolha/Getty Images

© de la traducción: Martina Garcia Serra, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-27-6
Depósito legal: M. 26.008-2025
Printed in Spain

*Para todos mis compañeros adjetivos,*
*seguid modificando esos nombres.*



# 1

¿Existe una buena manera de recibir malas noticias? Seguramente sí, ¿no? O, más que buena, una normal, supongo, nada dramático ni que deje marca.

Mi hermana lleva un día y medio llamándome sin parar, y yo no le he contestado porque nunca lo hago, porque Maryanne tiene un trastorno de la personalidad narcisista no diagnosticado y también porque es una zorra, y también porque, ya de base, no le contesto las llamadas. Que no es que me llame especialmente a menudo, pero, cuando lo hace, casi siempre se queda sin respuesta.

A ver, hay que admitir que, en parte, la razón por la cual no le contesto es porque sé que a ella la carcome. A cada tono que da el teléfono, frunce más el ceño, entorna un poco más los ojos y adelanta el mentón al tiempo que se toca los dientes superiores con los inferiores, echando humo en silencio. Si me estuviera llamando delante de otra persona, haría un gesto recatado y discreto, pondría los ojos en blanco y le diría que a veces soy imposible. Ahora bien, de estar ella sola, exhalaría por las narinas hinchadas, negaría un instante con la cabeza y sentiría una opresión en el pecho, porque Maryanne Joy Carter no puede no tener el control de la situación.

Mis hermanos y yo somos víctimas de esa horrenda moda en cuya trampa, al parecer, cayeron todos los padres

de la rama pentecostal en los años noventa. Ya sabes, la de bautizar a tus hijos con conceptos cristianos. Nunca le digo a nadie mi nombre completo porque mi segundo nombre se me antoja una mancha en la frente que revela al mundo de dónde vengo, y no quiero pensar en mis orígenes, pero aquí va:

Georgia True Carter.

Dios mío, lo sé. *True,* 'Auténtica'. Cómo duele.

El mayor de mis hermanos es Tennyson Honor Carter.

A Maryanne Joy Carter (un año y medio menor que Tennyson) es a quien le ignoro las llamadas, pero no es algo que suceda solo con ella (aunque, sin lugar a dudas, sucede por ella). Debo admitir que evito todas las llamadas de mi familia, menos las de Oliver Just Carter, el pequeño de mis hermanos mayores, que tiene un año más que yo y dos menos que Maryanne.

Estoy cien por cien segura de que fue nuestra madre quien escogió nuestros segundos nombres, no hay duda.

Aunque, para ser sincera, seguramente fue bastante atrevido por su parte estando en Beaufort County a finales de los años noventa. Estoy convencida de que se sintió muy guay por hacerlo, pero yo nunca me he sentido guay por tenerlo.

Siempre me he preguntado si fue intencionado…

Tenny y Maryanne, los Nombres. Oliver y yo, los Adjetivos.

Incluso por la pura función de un nombre en contraposición a la de un adjetivo, a ella le gustan más los nombres, sé que es así.

Un nombre es específico.

¿Los adjetivos? Su mayor función sintáctica es modificar un nombre, y eso no es algo que se haga en Carolina del Sur.

Claro que hay muchísimas cosas que no se hacen si eres de Carolina del Sur.

No desobedeces a tus padres.

No faltas nunca a misa.

No eres gay.

No te pareces a la Stephanie Seymour rubia de los noventa. Algo que, al parecer, yo hago.

Siempre me he dado un aire a ella, incluso cuando era demasiado joven para parecerme a la problemática novia de Axl Rose.

Me lo dicen siempre. Y está bien, porque ella es un bombón y supongo que veo la semejanza. La caída que suele tener mi pelo, la piel lechosa, los labios de rosa, los enormes ojos azules. Tengo todos esos atributos, así que, desde luego, entiendo por qué me lo dicen. Pero ¿a ti no te parece que ella tiene los ojos tristes? Siempre he pensado que quizá era por la forma de sus cejas o por cómo pone los labios en las fotos. No puedo afirmarlo con certeza sin verla en la vida real, y no la he visto nunca, y, aunque la viera, me parezco a la de entonces, no a la de ahora (o eso me han dicho); era entonces cuando me parecía a ella, y entonces ella parecía triste.

Así que a veces me pregunto si eso significa que yo también parezco triste.

Quizá sí. Quizá a veces lo estoy.

Aunque no de forma consciente, y eso conlleva su diferencia.

Los sentimientos conscientes están presentes en la superficie, y te basas en ellos para tomar decisiones; sin embargo, los sentimientos inconscientes se mueven por debajo, y también dictan tus decisiones, podría decirse que incluso más, pero a menudo solo te das cuenta en retrospectiva.

¿Hacerme amiga de Hattie y Bianca? Retrospectiva.

¿Quedarme en Londres? Retrospectiva.

¿Mis elecciones sexuales desde los quince hasta los veintidós? Retrospectiva.

¿Mis estudios? Retrospectiva.

En fin.

He recibido unas cincuenta llamadas de mi hermana a lo largo de esta más que anodina noche de abril, y las he ignorado todas. Principalmente porque pienso que, de haber algo que yo verdaderamente tuviera que saber, cualquiera habría tenido dos dedos de frente y habría mandado a otra persona a que me diera un toque tras no responder a las primeras cinco llamadas.

No sé por qué Violet no me ha llamado, si fuera algo serio, lo habría hecho. Además de Oliver, mi tía Violet y su marido, Clay, son los únicos con los que hablo, al menos por voluntad propia, pero no me ha llamado.

Imagino que no habría querido oír la indiferencia en mi voz de haberme dado ella una mala noticia.

O quizá Maryanne no se lo ha permitido y punto.

Junto al desayuno, mi móvil vuelve a sonar y mi compañera de piso, Hattie Ramsey, lo fulmina con la mirada.

—Haz el puto favor de contestar, ¿quieres?

Le lanzo una mirada penetrante.

—Contesta tú.

—No puedo volver a oír ese tono de llamada, Georgia. Lleva sonando desde anoche…

—Lo sé —suspiro—. Otro habría pillado la indirecta.

Enarca las cejas.

—Quizá sea importante.

Niego con la cabeza.

—Nunca es importante.

Hattie no me cree, pero ella no conoce a mi familia.

Existe una clase de locura que está especialmente reservada para los estadounidenses del sur, y la gente que no es de allí no puede entenderlo.

En mi cabeza, no cabe ninguna duda de que mi hermana cree que me está llamando por algo importante, pero

no sería impropio de ella haberme visto escribir algo anti -Trump en las redes sociales y habérselo tomado como un ataque personal, lo cual es algo exclusivamente estadounidense, por si no lo sabías. La manera en que la gente de allí aúna su posicionamiento político con su identidad personal. Ser republicano o ser demócrata en Estados Unidos se asemeja, para muchísimas personas, a la identidad racial. Ahora que ya no vivo allí, me resulta algo rarísimo. Porque, honestamente, ni un partido ni el otro están para echar cohetes hoy por hoy y, cuando te llevas algo tan a lo personal como muchos hacen con lo político, cada vez que alguien cuestiona el partido, puede sentarte como si te cuestionaran a ti, y eso, básicamente, no es sano. Se lo estoy contando a Hattie por millonésima vez cuando me suena el móvil porque me ha llegado un mensaje. Al fin.

Me quedo mirando el teléfono un par de segundos, ahí, tranquilamente sentada, hasta que al final me da por alargar la mano y, en ese espacio de tiempo, Hattie —que, al parecer, ya está harta y desesperada por que deje de sonar— agarra el móvil y lee el mensaje.

Y la mano con la que no sujeta el teléfono se le crispa un poco; es algo fugaz, medio segundo. A la vez, adelanta el labio inferior y frunce el ceño antes de enarcar las cejas muy rápido y de abrir más los ojos con el gesto al cabo de medio segundo.

Inhala brevemente.

Tristeza y sorpresa.

Se viene algo malo.

Me alarga el móvil, con la expresión todavía triste, respirando muy rápido.

**MARYANNE:**
Papá ha muerto.

Me quedo mirando la pantalla largo rato, parpadeando.

En mi cerebro clínicamente predispuesto retumba la idea de que no es algo positivo que lo único que sienta sea una punzada de tristeza. No mucho más ni mucho menos que una sensación de inconveniencia.

Sé cómo se supone que debes sentirte cuando se te muere un padre.

La gente a menudo experimenta una pérdida de identidad, una crisis existencial. Se cuestionan quiénes son y qué lugar ocupan en el mundo como si su padre mismo hubiera sido su ancla en el planeta.

**GEORGIA:**
¿Qué?

Nada.

No siento nada.

Podría ser el *shock,* lo sé. Quizá estoy en *shock*.

Aunque ¿por qué iba a estar en *shock* por la pérdida de un padre que ya perdí hace tantísimos años?

**MARYANNE:**
Papá ha muerto.
He intentado llamarte.
Un infarto.

**GEORGIA:**
¿Cuándo?

**MARYANNE:**
Ayer.

—¿Estás bien? —pregunta Hattie. No ha dejado de mirarme desde que me ha tendido el móvil.

Se ha quedado paralizada como les pasa a algunas personas con lo relativo a la muerte.

Es un miedo natural, lo comprendo. Todos los humanos, tanto si lo saben como si no, están profundamente impactados por su muerte inminente. La mortalidad es insoportablemente provocadora; de hecho, tanto que muchísimas personas se pasan toda la vida intentando vivir como si la muerte no les incumbiera como nos incumbe al resto.

Hacemos de todo para evitar nuestra fugacidad y la de las personas que nos rodean y con las que establecemos vínculos afectivos, pero ninguno de nosotros puede hacer nada al respecto.

Algún día moriré. Algún día morirás.

Hattie Ramsey y yo nos conocimos hará unos cuatro años, pero llevamos viviendo juntas poco más de un año, cuando su mejor amiga se fue de su piso en Blandford Street para irse a vivir con su novio. Ahora es nuestro piso de Blandford Street.

Hats viene de una familia rica, nacida y criada en Londres. Su madre es una artista de renombre y su padre es abogado de derecho ambiental. Están muy enamorados, son una unidad parental extrañamente funcional y poco común, de lo más comprensivos y apasionados por los derechos que tienen que ver con la orientación sexual de su hija, que es bisexual.

Tiene una hermana, con quien está deliciosamente unida, y las fricciones previsibles que nos brinda a todos la vida, que son esenciales para la tenacidad y el crecimiento personal, las ha recibido exclusivamente de fuentes externas a su consanguineidad inmediata.

Hattie Ramsey está protegida. Protegida de cojones, podría decirse.

La muerte es conflictiva para las personas protegidas porque fractura realidades.

Francamente, la muerte es conflictiva para todo el mundo, supongo. Las muertes repentinas, al menos. Sin embargo, la idea de la muerte, cuando la miramos directamente a los ojos, nos incomoda a todos.

La idea de que termina, de que todo termina, de que todo lo que te has pasado toda la vida haciendo y construyendo, al final, un día, acaba convirtiéndose en nada en cuanto exhalas tu último aliento.

Por eso la gente tiene hijos. Para existir más allá de su propia existencia.

Total, que aquí está Hattie, de pie delante de mí, con la boca abierta, los ojos colmados de horror, proyectando la amenazadora e inevitable muerte de su más que maravilloso padre sobre la muerte de mi padre más que de mierda.

Está destrozada por mí, aunque está más destrozada por ella, solo que no se da cuenta.

—Estoy bien. —Esbozo una sonrisa tranquilizadora.

No es una sonrisa de Duchenne. Los músculos orbiculares de mis párpados no se mueven un ápice, no se me forman arrugas alrededor de los ojos, no me aparecen patas de gallo en las comisuras que demuestren que es auténtica, pero ella no se dará cuenta porque la mayoría de la gente no lo hace y, total, tampoco quiero que lo haga. Otro día habría pensado en forzar el gesto para hacerlo más verosímil, pero mi padre acaba de morir, así que me doy un poco de cancha.

Ella asiente muy rápido; es un gesto nervioso.

Va a llamar a sus padres en cuestión de diez minutos y les dirá lo mucho que los quiere. Se quedará aquí conmigo hasta que yo le dé una señal de que quiero estar sola, y entonces se irá. Sé que a ella no le gusta que la interprete como lo hago, y me esfuerzo mucho para no incomodarla; normalmente, doy muchos rodeos a las cosas… Finjo que no me doy cuenta de cuándo se siente atraída por alguien o de cuándo ha discutido con su mejor amiga.

Hablo con ella de esas cosas de una manera lenta, aburrida y prolongada que les permite, a ella y a todas las demás personas, sentir que son un misterio, porque sentir que eres alguien misterioso, al parecer, es algo que las personas valoran, tal vez porque a la gente no le gusta sentirse expuesta, pero hoy no tengo ganas de complacerla de esta manera.

—Puedes irte —le digo.

Frunce un poco más el ceño. Se succiona un poco el labio inferior. La he ofendido un pelín.

—¿Estás segura?

Vuelvo a sonreírle, pero esta vez, para que mi sonrisa parezca más auténtica, pienso en el cachorro de perro salchicha que se acaba de comprar la dueña de la cafetería del final de la calle, y entonces le digo que solo me apetece estar sola, pero le toco el brazo mientras hablo porque sé que eso la dejará tranquila. Y lo hace.

Asiente, aliviada, y se va a su cuarto.

**MARYANNE:**
El funeral es el viernes que viene.

**GEORGIA:**
Vale.

**MARYANNE:**
¿Puedes decírselo a Oliver?

**GEORGIA:**
¿Por qué no se lo habéis dicho a Oliver?

**MARYANNE:**
Ninguno de nosotros tiene su número.

Fulmino la pantalla con la mirada.

¿Cómo es posible?

¿Por qué ninguno de ellos tiene el número de Oliver?

Violet lo tiene, pero supongo que no quiere llamarle por la misma razón por la que no habrá querido llamarme a mí.

**GEORGIA:**
Le llamaré.

**MARYANNE:**
Bien.
Gracias.
¿Cuándo vendrás?

Dios, odio Carolina del Sur.